

POLÍTICAS SOCIOECONÓMICAS. APORTES CONCEPTUALES PARA LA CONSTRUCCIÓN TRANSDISCIPLINARIA DE POLÍTICAS PÚBLICAS PARTICIPATIVAS DESDE EL TRABAJO SOCIAL.

INÉS ARANCIBIA¹

Introducción

Las políticas socioeconómicas, como intento, búsqueda o realidad, están en la arena de nuevas herramientas del Estado, en sus distintos niveles, y en forma conciente por quienes formulan e implementan estrategias de desarrollo en la última década en nuestro país, motivados por el quiebre del modelo segmentado de políticas publicas neoliberales y ante su fracaso para mejorar las condiciones de vida de las mayorías.

El enfoque socioeconómico en políticas públicas no es un cambio meramente formal en los objetivos de las políticas sociales, ni un retoque en los términos de sus fundamentos y actores. Refleja un aprendizaje histórico, producto disputas entre las practicas organizativas y los intentos institucionales de políticas públicas, en cuanto a la perspectiva que debe tenerse sobre la realidad sobre la que se interviene, entendiendo su carácter complejo y dinámico. La realidad, de por si, se resiste a ser abordada desde una o varias disciplinas por sí solas, entre las variadas tramas disciplinarias que constituyen nuestro abanico de las Ciencias Sociales.

En los desafíos del Estado, se ha hecho evidente que requerimos algo más que la interdisciplina, e incluso que la multidisciplina, para garantizar intervenciones efectivamente transformadoras de la realidad, orientadas hacia generar, material y simbólicamente, las condiciones de vida justas y dignas, en forma creciente, y de carácter universal, de lo que es legítimamente aspirable por el conjunto de la población.

La socioeconomía, como otros enfoques, apunta a abordar la realidad social, tanto para observarla, describirla analizarla y accionar sobre ella. Pero se sustenta en que la realidad social no es divisible en “dimensiones” o esferas sociales, políticas, económicas o culturales.

¹ Trabajo Social (UBA), Economía Social (UNGS), Equipo de Capacitación y Transferencia Metodológica de Sistemas Productivos Locales, SEPyME, Ministerio de Industria, Responsable del Mapa del Estado, ATE (CDN)-CTA.

La complejidad social no puede abordarse segmentadamente, como se pretende a veces, traspolando los abordajes de las ciencias exactas. Sería estéril, por ejemplo, intentar recortar lo estrictamente “social”, “económico”, o “político”, de la realidad.

En este sentido, se trata de entender a la complejidad social como un proceso dialéctico de producción-reproducción. El concepto que nos permite, articular esa complejidad es el trabajo, y las particularidades en las que el trabajo produce (bienes, servicios, que se traducen en la riqueza que se genera en la sociedad) y las condiciones en las que se reproduce ese trabajo (el nivel de ingresos y la calidad de vida, las características de su reproducción familiar, su organización doméstica, comunitaria y social, etc). Es entonces, el complejo mundo del trabajo, en sus aspectos materiales y sus representaciones, una dimensión fundamental, de conocimiento y de acción, para planificar y ejecutar políticas públicas socioeconómicas que alcancen sus propósitos mas arriesgados.

Ninguno de los temas enumerados hasta aquí escapan al Trabajo Social. Este trabajo intenta aportar al reconocimiento de las ventajas (conceptuales, prácticas y metodológicas) que tiene nuestra disciplina en la construcción de políticas públicas socioeconómicas, y sobre sus potencialidades para avanzar hacia abordajes transdisciplinarios, con el fundamental carácter participativo que de ellos se requiere. Se intentara convocar a la problematización de algunos de sus conceptos que, de no ser abordados socioeconómicamente, pueden empañar sus potencialidades de inserción transdisciplinaria en aspectos como la economía, el trabajo, la producción y las necesidades sociales.

El enfoque socioeconómico

La socioeconomía² no se refiere a la suma o yuxtaposición de los enfoques teóricos de la sociología y la economía. Tampoco lo es en alguna de sus variantes, según se le asigne mas importancia a una u otra de estas dos disciplinas: ni se trata de una economía con agregado de aspectos “sociales”, (como por ejemplo, los complementos de datos estadísticos sobre variables supuestamente puramente “sociales” o perspectivas subjetivas, comunicativas,

² Si bien la definición que aquí se expresan no deriva puramente de este autor, se recomienda la lectura de la obra de Etzioni sobre una perspectiva inicial del planteo socioeconómico (Etzioni, Amitai (2007). La dimensión moral: hacia una nueva economía. Ediciones Palabra)

antropológicas o psicológicas, entre otras), ni tampoco lo es en el otro sentido, como una mirada “social” de la realidad con agregados de términos formales de económicos y con datos cuantitativos sobre, por ejemplo, los aspectos productivos o financieros de una situación determinada.

A los efectos de este trabajo, vamos a entender a la socioeconomía como un enfoque teórico y metodológico necesariamente transdisciplinar, que pretende comprender integralmente la complejidad social a partir de observarla, describirla, analizarla para actuar en y desde la realidad, (Coraggio, Arancibia, 2006), pero haremos hincapié en ella como parte del ineludible de la dialéctica del conocimiento que se despliega en cualquier proceso conciente de intervención social que aspira a conseguir efectos transformadores.

Esto es (o debiera ser) desde un paradigma abarcativo de las Ciencias Sociales, que se sustenta en algunos supuestos, que a los efectos de este trabajo podemos resumir en los siguientes: a) entiende que a la realidad social no es divisible en “dimensiones” o esferas sociales, políticas, económicas, culturales, etc. Quizás, podríamos pensar en los “campos” de Bourdieu, quien lo propone para su tesis de la interacción permanente y con énfasis en las lógicas que de esas interacciones, que si se pueden identificar analíticamente, por ejemplo, las propias de la economía, y no tanto en la diferenciación de “sectores”. (Bourdieu, 2001); b) en este sentido, la primacía es del “campo” de lo social, es “la cancha” en la que se despliegan todos los juegos e interacciones económicas, políticas, culturales e institucionales, por mencionar algunos de los recortes que solemos advertir. Por eso es que, ante la búsqueda de comprensión que precede y acompaña la nuestras intervenciones sociales, la imbricación entre estas “dimensiones”, sus alcances y efectos, resulta necesario hablar de contextos, actores, estrategias e instituciones “socioeconómicas”; y c) esto implica que la realidad no puede abordarse segmentadamente porque es “compleja” (Coraggio, 1987) . Las problemáticas complejas son aquellas en las que no puede perderse la dimensión de la totalidad, ya que están interdeterminados el medio físico-biológico, la producción, la tecnología, la organización social, la economía, etc., a lo que llamamos “sistemas complejos” (García, 1994).

La perspectiva socioeconómica no solo se abstiene de aproximaciones segmentadas hacia la realidad, apuntando a contener las herramientas necesarias para abordar lo complejo, sino que fundamentalmente, recupera en su seno a la economía, como ciencia, como método, como perspectiva de conocimiento, por considerarla parte fundamental para la acción social y clave

para una comprensión de la realidad que aspira a la totalidad, indispensable para el conocimiento actual y potencial de las estructuras materiales de nuestra sociedad. En este sentido es que decimos que la economía aborda los procesos de producción-reproducción y es esencialmente social (Coraggio, Arancibia, 2006).

La economía política

Dicho esto, la perspectiva económica que se incluye en la socioeconomía, y que puede volver acompañarnos en este desafío, no es otra que la Economía Política, en cualquiera de sus variantes ideológicas y prácticas. De hecho, ésta nunca perdió su eje en la Ciencia Social, sino que fue desplazada por la economía formalista utilitarista durante el proceso de divorcio deliberado entre la economía y las demás disciplinas sociales (Arancibia, 2009), que pretendieron (y lograron con éxito) los organismos internacionales como el Banco Mundial y el FMI y gurús economistas neoclásicos, locales y foráneos durante la hegemonía de las políticas neoliberales a nivel mundial y con efectos devastadores particularmente en nuestro país, en nuestro continente latinoamericano, en la era neoliberal o aperturista de la economía (Basualdo, 2001).

Sin pretender reducir demasiado la densidad del enfoque de la economía política, podemos tomar para esta argumentación aquello que mas nos interesa: la economía política estudia las relaciones que los individuos, grupos, clases sociales e instituciones establecen entre sí para organizar la producción colectiva, particularmente aquellas relaciones que se establecen entre los dueños de los medios de producción y entre quienes no los poseen. Esas relaciones difícilmente puedan considerarse como “económicas” o “sociales” en si mismas. Mientras la economía ortodoxa (o del valor subjetivo) se enfoca en los precios y ve a la producción y al consumo como “efectos” de éstos, la economía política en cambio ve a la actividad económica como el procesamiento recurrente de las necesidades de producción y reproducción del ser humano y de la sociedad como un todo, que se resuelven mediante mecanismos institucionalizados, de acuerdo a lo que prime según el resultado de disputas materiales y simbólicas, en cada sociedad. (Coraggio, 1987)

En oposición con las teorías económicas de la de la fisiocracia, en las cuales la tierra era vista como el origen de toda riqueza, la economía política propuso, con Adam Smith, la teoría del

valor-trabajo, según la cual el trabajo es la fuente real del valor. Al final del siglo XIX, el término economía política fue paulatinamente abandonado por el término “economía” a secas, instalado por los autores neoclásicos, quienes buscaban que la economía perdiera su perspectiva de la sociedad desde las necesidades de sus actores, sobre todo cualquier referencia a las clases sociales en disputa.

En su reemplazo, profundizaron un enfoque donde prima el cálculo matemático y avalorativo (entonces, apolítico) que priman en los estudios económicos de acuerdo al paradigma dominante, centrados mayormente en la esfera de la circulación y en la convicción de que el valor está originado en la “utilidad” subjetiva de los bienes y servicios. Por eso, la perspectiva económica neoclásica se refiere a las preferencias manifiestas de los individuos, al referirse al juego de oferta y demanda de bienes y servicios en el mercado, pero también, con la influencia de ésta lógica económica en las políticas públicas en general y sociales en particular (Coraggio, 1999) como sujetos de políticas sociales (beneficiarios, destinatarios, etc.). Esto, influyó, entre otros aspectos, la identificación economicista de las necesidades de la población desde esa perspectiva económica, que empañó la mayoría de los sistemas de medición y caracterización de la pobreza en términos estadísticos (Arancibia, 2006).

Es decir que, originalmente, la economía política tuvo un claro componente de clase, de sujeto social concreto desde donde realizar el análisis de las relaciones en la sociedad. Desde la perspectiva que tomamos, son los trabajadores los que le dan raíz de clase al enfoque, entendiendo, desde ya, la necesaria readecuación de lo que se llamaba “clase trabajadora” a la “clase de los que viven de su trabajo” (Antunes, 2005), o, dicho desde un análisis del comportamiento económico de los trabajadores, los que constituyen el sujeto de la economía popular. (Coraggio, 1999)

En contraposición a la visión formalista (neoclásica) de economía, nuestro punto de partida es que toda propuesta para la economía es necesariamente política y contiene una interpretación valorativa de la sociedad así como de sus posibles desarrollo futuros (Coraggio, 2004, Arancibia, 2006).

En este sentido, la economía, como perspectiva de conocimiento y como método, tiene origen en la acción humana esencial que surge de la dependencia del hombre con relación a la naturaleza y a sus semejantes para asegurar su supervivencia. Y la economía, entendida en

forma “sustantiva”, y en tanto proceso social e institucionalizado de intercambio entre el hombre y su entorno natural y social, está basada en el trabajo humano. Este intercambio provee al hombre de los medios para satisfacer sus necesidades materiales, que a su vez permiten la satisfacción de otro conjunto de necesidades no materiales (Polanyi, 2002)

Algunas implicancias de posicionarnos desde este enfoque pueden ser las siguientes:

A) Entender a la economía como parte de la complejidad social, ya que las relaciones, instituciones, prácticas y actividades económicas funcionan en el marco de la sociedad. A diferencia de las visiones formalistas, la perspectiva sustantiva sostiene que la economía no puede ser construida como una esfera separada ni autónoma, así como tampoco existen leyes matemáticas que determinen los comportamientos “propriadamente económicos”, como si fuera un “sistema cerrado”.

B) Aceptar que las leyes y principios que organizan un determinado sistema económico son construcciones analíticas y socio-históricas, y co-existen distintas lógicas económicas no hegemónicas que guían las acciones de las personas en la sociedad para resolver sus necesidades, tanto materiales como inmateriales. Por eso es que entendemos que hay multiplicidad de fines que orientan las acciones económicas, y sólo uno de ellos, y no el principal, es el máximo beneficio individual. Las necesidades colectivas, públicas o compartidas, que el mercado no resuelve, son el motor de las múltiples estrategias económicas populares, comunitarias, o públicas, estatales o no, guiadas por lógicas económicas no utilitaristas.

C) La comprensión de la dinámica económica de la sociedad que surge de una dependencia natural del hombre respecto de la naturaleza y sus semejantes para asegurarse su supervivencia, lo que implica: 1) la búsqueda de la materialidad para asegurarse esa supervivencia, 2) que hombres y mujeres realizan un conjunto de interacciones sociales y con la naturaleza para lograr esos medios materiales y 3) que a medida que se desarrollan estas interacciones, se institucionalizan las relaciones y las prácticas de los hombres, esto es, se crea un marco institucional para la acción socioeconómica.

De lo anterior se sigue que una perspectiva socioeconómica³ requiere asumir como contradicción dinámica moderna de la contraposición entre la lógica del capital y la lógica de la reproducción de la vida humana. Dicho en otros términos, se trata de procesos productivos-reproductivos, donde las necesidades de reproducción de la vida humana, que son nada menos que el sentido de toda la actividad socioeconómica de una sociedad, se oponen a la lógica de reproducción del capital.

Por eso es que la particularidad y mayor riqueza de esta perspectiva reside en que, entendiendo al hombre como “sujeto necesitado” (Hinkelamert, 2009), la vida humana del trabajador tiene el doble desafío de ser el único actor/recurso (o factor económico según la perspectiva utilitarista) capaz de transformar a la naturaleza, a través de sus capacidades de trabajo, para la producción de los satisfactores (medios institucionalizados socialmente en cada contexto) para satisfacer las necesidades de la reproducción de la vida humana (bienes de uso), a la vez que él mismo (su calidad de vida, su trabajo) constituye la “condición de posibilidad” de esa producción. Esto es lo que llamamos circuito entre la vida humana y la producción de valores de uso (Hinkelamert, 2009).

La perspectiva de y desde el mundo del trabajo

Desde una perspectiva socioeconómica, como ya adelantamos, es el trabajo el recurso fundamental en la economía de una sociedad, en su doble condición de productor de riqueza material y condición de existencia de esa producción. Las condiciones en las que el trabajo produce (bienes, servicios, que se traducen en la riqueza de esa región) y las condiciones de vida en las que se reproduce ese trabajo (su nivel de ingresos y la “calidad de vida”, las características de su reproducción familiar, su organización doméstica y comunitaria y social, etc) son el objeto fundante y, sobre todo, inseparable de cualquier intervención socioeconómica.

La intervención en el mundo del trabajo sea, quizás, el mayor desafío teórico y metodológico para el Trabajo Social, teniendo en cuenta que la política social, como política redistributiva y

³ Varios autores desde una perspectiva latinoamericana de economía política vienen siendo convocados a repensar conceptos en torno a lo que se ha instalado ya como el glosario básico de “La Otra Economía”. Para ampliar estas reflexiones sugiero consultar ver los dos volúmenes de esta propuesta compilada por David Cattani (Cattani, 2004).

ámbito tradicional de inserción de la disciplina, no disputa ese mundo con las políticas laborales y económicas de corte distributivo (Danani, 2004) . Sin embargo, el trabajo y las relaciones laborales en las que se insertan (sean formales o no) son las principales determinantes de las condiciones de existencia humana en nuestra sociedad, dado que sin el trabajo, en cualquiera de sus formas (mercantil o no mercantil), sería impensable la producción de bienes, servicios, la generación de excedentes y reproducción del capital, ni la resolución de las necesidades cotidianas de la vida del propio trabajador.

Pero la importancia de adentrarnos en, desde una perspectiva socioeconómica obedece, al menos, a tres grandes argumentos:

En términos conceptuales, sostenemos que el trabajo es esencialmente social, porque implica una relación con los demás seres humanos para organizarse en la interacción con la naturaleza para resolver sus necesidades, y por tanto, constituye además una construcción subjetiva (crea y recrea un mundo social a partir de esos intercambios) y material, en tanto implica transformar/crear condiciones materiales para su subsistencia.

Metodológicamente, porque es una categoría “bisagra”, que nos permite acercarnos al campo llamado “social” (cómo vive la población, sus ingresos, el acceso a la seguridad social y políticas sociales, etc.) A la vez que nos ayuda a reconstruir el perfil productivo, a partir de la identificación de los sectores y ramas de actividad en las que se inserta el trabajo, en la economía empresaria privada, autogestionada o territorial, o bien en la economía pública de una determinada región, así como las condiciones en las que se desarrolla ese trabajo en cada una de estas unidades económicas.

Políticamente, porque nuestro bastamente defendido compromiso ético y político pivotea siempre en las condiciones de vida de la población como producto de la contradicción entre el capital y el trabajo, siendo las condiciones de éstos últimos las que son susceptibles de intervención desde las políticas públicas en las que el Trabajo Social se siente mayormente convocado.

Pero ¿quines son los trabajadores? La complejidad del mundo del trabajo, además de las tensiones que lo atraviesan cotidianamente, no está exento de disputas de sentido. Sin

pretender agotarlas, diremos aquí⁴ que nos interesan las condiciones en las que se despliegan las estrategias reproductivas de los trabajadores orientadas a satisfacer sus necesidades cotidianas, a partir del despliegue de variadas estrategias de trabajo. Y ya adelantamos que nuestra propuesta socioeconómica se posiciona desde una perspectiva de clase, desde los trabajadores, entendiendo a “la clase que vive del trabajo” como todos aquellos que, además de hacer trabajo manual de fabricación de productos (“mercancías”), producen otros bienes y servicios que se consumen como valores de uso, público o privado” (Antunes, 2005). Desde esta concepción, la clase trabajadora “incluye a todos los trabajadores manuales o intelectuales que, están asalariados, ocupados precarizados o desocupados, que venden su fuerza de trabajo a cambio de un ingreso monetarios o en especies, tanto del sector industrial, servicios, rurales”. Por su parte, la CTA, define a los trabajadores como “todos los individuos que con su trabajo personal desarrollen una actividad productiva y creadora dirigida a la satisfacción de sus necesidades materiales y espirituales”. (CTA, 2002)

Las políticas socioeconómicas

Sobre este punto, es difícil realizar un recorte de políticas socioeconómicas, o al menos encontraríamos diversos grados de socioeconomía en los distintos planes y programas públicos. Por lo pronto, el hecho destacable de que, a nivel nacional, desde el año 2001, luego de la crisis institucional y política que atravesó nuestro país, una de las respuestas mas efectivas hacia los problemas sociales mas críticos de la cuestión social despertados en aquel entonces, la marginalidad y vulnerabilidad de la mayoría de la población trabajadora por la sub o desocupación, hayan sido políticas que, si bien se iniciaron desde algún ministerio o secretaría particular, ensayaron dos aspectos largamente vapuleados en las décadas neoliberales anteriores: a) se orientaron aunque sea erráticamente hacia las causas y no solo los efectos de esos problemas que apuntaban a atender , b) ampliaron su alcance a los ambitos del trabajo y la producción en el territorio y c) involucraron, con distintos métodos y grados de efectividad, a los beneficiarios de esos planes y programas.

⁴De las múltiples fuentes posibles sobre este tema, a los efectos de este trabajo se ha tomado básicamente la tradición marxista y de autores como Antunes que actualizan el concepto; la definición utilizadas por la CTA para definir al sujeto representado por esa central sindical, y las referencias a “los trabajadores” derivadas de la propia definición de economía popular, desde la perspectiva de la Economía del Trabajo.

El proceso de reconversión de políticas públicas hacia este sentido, con distinto éxito en sus trayectorias institucionales, tanto desde el ámbito de las políticas sociales como desde las políticas económicas y laborales, fue en algunos casos lento y en otros abrupto, poniendo a prueba la capacidad de los actores involucrados para estar a la altura de estas circunstancias, no solo a los efectores de las políticas (funcionarios, técnicos, especialistas, trabajadores de la administración pública en general), a sus herramientas administrativas de gestión administrativa y presupuestaria, sino fundamentalmente a las propias organizaciones sociales y/o territoriales de destinatarios de las políticas, muchas de las cuales vieron potenciado su crecimiento a la luz de estas nuevas herramientas.

El primer plan en este sentido fue gestado desde el Ministerio de Desarrollo Social, El Plan Nacional de Economía Social y Desarrollo Local “Manos a la Obra” del 2003. Desde entonces hasta la fecha, se han modificado y creados nuevas herramientas de políticas públicas desde éste y otros organismos, en un proceso de transformación que merece ser estudiado con más detalle, y cuyas particularidades requieren una mirada histórica crítica para recuperar el gran aprendizaje acumulado de aciertos y errores. Esto, en función de una necesaria consolidación de estas herramientas como parte de la institucionalidad de la perspectiva socioeconómica en las políticas públicas en el presente y hacia el futuro, y no como respuesta coyuntural a las crisis.

Actualmente, contamos con una oferta rica, dinámica, aunque aún segmentada, superpuesta y muchas veces contradictoria, de planes y programas de intervención socioeconómica estatal que, aunque no se definan en estos términos, reconocen explícitamente su fuerte incidencia en las condiciones materiales y no materiales de la población y proponen herramientas para su atención, si no totalmente integral, al menos con intentos cada vez más afectivos de comprensión integral del problema y articulación con otras políticas. Desde ya, la organización de los Ministerios de Estado obedece aún a recortes disciplinares segmentados de la realidad, por lo que difícilmente se puedan implementar políticas integrales desde organismos cuya misión, atribuciones, competencias y recursos compiten entre sí.

Más allá de estas limitaciones, que no resuelven el añejo y estructural esquema fragmentado de recursos y políticas públicas de desarrollo en nuestro país, existen políticas de corte socioeconómico en organismos que implementan políticas sociales que actúan en indirectamente en las condiciones de vida a través de políticas redistributivas, pero también en

políticas laborales y económicas (por ejemplo, las de apoyo a la producción o acceso a la tierra y tecnología) que actúan directamente en las condiciones materiales de vida de la población. Podemos encontrar las principales experiencias en los Ministerios de Desarrollo Social, pero también en los Ministerios de Agricultura, Ganadería y Pesca, Industria, Comercio y Pyme, Ciencia y Tecnología, Planificación, Turismo e Interior y en muchos de sus organismos descentralizados como INTA, INTI, SENASA, INAES, por nombrar los principales. Todos ellos, con amplia presencia territorial, se articulan no sin dificultades en cada situación, debiendo pulir sus formatos a fin de evitar “competir” en el territorio por la misma población destinataria: la clase que vive de su trabajo y demás actores socioeconómicos.

La transdisciplina en el marco de políticas socioeconómicas

Con lo dicho hasta aquí, nos preguntamos ¿qué desafíos nos impone la dinámica social y las transformaciones en las políticas públicas de corte socioeconómico a los enfoques disciplinarios, y particularmente al Trabajo Social?

Si entendemos, como ya adelantamos, a la realidad como un “sistema complejo”, advertimos la que “un sistema no está solamente determinada por la heterogeneidad de los elementos (o subsistemas) que lo componen y cuya naturaleza los sitúa normalmente dentro del dominio de diversas ramas de la ciencia y la tecnología. Además de la heterogeneidad, la característica determinante de un sistema complejo es la interdefinibilidad y mutua dependencia de las funciones que cumplen dichos elementos dentro del sistema total. Esta característica excluye la posibilidad de obtener un análisis de un sistema complejo por la simple adición de estudios sectoriales correspondientes a cada uno de los elementos” (García, 1994).

Las disciplinas construyen una mirada segmentada de la realidad, como resultado del proceso que dio origen a la cuestión social, en el que el enfoque positivista disciplinar positivistas recortaron su objeto de la complejidad social, fragmentando la realidad, identificando sus propias variables, abstracciones, modelos y teorizaciones. Ante sus limitaciones, que les permiten “analizar” la realidad pero no pueden, por sí solas, hacer la síntesis de lo concreto, surgen alternativas de articulación que se orientan a la recomposición de las totalidades en el pensamiento y en la acción de acuerdo (Coraggio, 2004):

La Multidisciplina, que reconoce que la realidad que queremos conocer se constituye como articulación con otros procesos considerados exógenos a nuestros propios modelos disciplinares. Esta opción favorece la coexistencia paralela de diversas disciplinas complementarias en el proceso de conocimiento e intervención, lo que muchas veces genera un producto final como mera sumatoria de las partes de peso desigual sin acceder a un todo articulado que la supere.

La Interdisciplina, que implica un intercambio de saberes entre los especialistas en cada disciplina, la búsqueda de construcción colectiva de lenguajes compartidos los que, enfrentados a la realidad sobre la cual debemos intervenir, cada uno pondera sobre la realidad concreta desde sus saberes disciplinares y en particular desde su experiencia.

La Transdisciplina, donde cada uno se introduce en la subjetividad de otras disciplinas, siendo la clave del éxito el hacerlo en el marco del pensamiento sobre totalidades complejas y operar desde ahí. Se accede cuando el saber profesional se expresa sobre lo real concreto desde su experiencia y formación, pero conectado con una perspectiva de la totalidad compartida, reflejada en un lenguaje superador a cada una de las disciplinas en juego, generando una intervención que difícilmente pueda distinguirse como una u otra de los saberes específicos que la integran.

¿Como nos preparamos, si aceptamos este desafío, para la construcción de perspectivas transdisciplinares? La búsqueda de la “especificidad”, hacia la reconstrucción del campo de lo complejo como campo de intervención, puede transcurrir en un movimiento en espiral, donde la totalidad no es algo que aparece eventualmente, sino que es incorporada en los diversos niveles de la formación de grado y postgrado, alimentados con la práctica profesional en ámbitos de políticas que puntan a la reconstrucción de la totalidad. (Coraggio, 2004)

Los desafíos de la intervención socioeconómica transdisciplinaria desde el Trabajo Social

En trabajos anteriores, expusimos algunas reflexiones en torno a las potencialidades de nuestra formación frente a los desafíos de las políticas públicas socioeconómicas, (Coraggio, Arancibia, 2006). Como disparadores de discusión, avancemos un poco más sobre ellas:

Desarrollo de metodologías de intervención complejas: Hay un aspecto innegable en nuestra formación profesional: nuestra fortaleza metodológica. Este aspecto muchas veces las técnicas se desvinculan de su verdadero sentido como herramientas de intervención social, donde se articulan dialécticamente la teoría (conceptos y perspectivas sobre la realidad) y la práctica (la realidad misma, en movimiento). En la formación profesional pueden verse como aspectos accesorios, engorrosos, o, por el contrario, subestimados como saberes científicos y técnicas en si mismas, priorizando nuestra intuición o “expertiz” en la situación concreta. No esta de más revalorizar las herramientas metodológicas de nuestro trabajo, y desde un enfoque socioeconómico, asumiendo que “lo social” es mucho mas denso que lo que solemos pensar, y que requiere de nuestra parte no solo “mas experiencia” sino también nuevos abordajes teóricos que enriquezcan nuestros método. El manejo creativo tanto de métodos de trabajo (criterios generales que guían la acción) como las metodologías (procedimientos concretos que pueden ser sistematizados pos facto más que previos a la acción) juegan un papel importante en las apuestas inter y transdisciplinarias que nos convocan, evitando los intentos de recortar lo estrictamente “social”, “económico”, o “político”, de la realidad.

Políticas públicas participativas: si consideramos éste un aspecto relevante, como creo que lo es, sobre las políticas socioeconómicas que incorporan críticamente la perspectiva de los sujetos, es clave en ese proceso la construcción de confianza entre quienes implementan las políticas y los destinatarios. No todas las profesiones desarrollan capacidades para promover la participación, en sus distintos niveles, y construir esa confianza, sino aquellas que, como la nuestra (y sin ser la única) se preparan profesionalmente para actuar sobre la cotidianidad humana, la familia, el trabajo, la comunidad, ámbitos donde los trabajadores despliegan sus múltiples estrategias de reproducción.

El mundo del trabajo: La participación, desde ya, es un aspecto ampliamente abordado por nuestra profesión, pero quizás requiera de nuevas miradas complementarias sobre ella desde la perspectiva del mundo del trabajo, para lo que es necesario adentrarse en él no solo en sus representaciones sociales (organización, comunicación, subjetividad) sino en la base material de las condiciones de vida y producción - reproducción que da origen a esas

representaciones sociales (salarios e ingresos, situación respecto a la tierra, tecnología, maquinarias y herramientas y demás medios de producción, así como la propia producción doméstica de medios materiales de subsistencia, entre otros aspectos). Quizás sea la producción de vivienda y hábitat popular uno de las áreas donde exista más tradición en la inserción de nuestra profesión en equipos interdisciplinarios de los que podremos seguramente recoger aún mucho aprendizaje.

La vinculación con el territorio y sus actores: Nuestra intervención social operativamente se sitúa en múltiples territorios, no entendidos como una simple referencia geográfica, sino como espacios de interacción social y disputa de poder, producto del accionar conjunto de los múltiples actores que actúan en él, y despliegan sus estrategias de producción - reproducción. Los territorios “son los ámbitos donde se expresa el devenir contradictorio de los actores sociales en su funcionamiento y articulación público-privado” (Manzanal, 2006) y nuestros métodos y predisposiciones profesionales para la entrada en interacción con los actores tiene mucho que aportar a otras disciplinas en marco de las políticas públicas territoriales: Esto implica la incorporación de miradas integrales del territorio y sus actores como “sujetos necesitados” (Hinkelamert, 2009) pero alejándonos de miradas economicistas o puramente subjetivistas de las necesidades-carencias, e incorporando perspectivas integrales hacia el complejo mundo de las necesidades, satisfactores y bienes (Max Neff, 1986), requerimientos productivos-reproductivos, (Coraggio, 1987) demandas, reivindicaciones y potencialidades de los actores socioeconómicos. (Arancibia, 2009)

La formación teórica desde la perspectiva socioeconómica: sobre esto no nos queda aquí más que reafirmar la imposibilidad de incorporarla como si fuera un “técnica de intervención” inmediatamente previa a la acción, sino que requiere una reformulación teórica de los fundamentos conceptuales que guían nuestra lectura y acción sobre la realidad. Se trata de incorporar críticamente a la economía política, la antropología económica, las herramientas financieras, el trabajo y las relaciones laborales, las políticas públicas en general (no solo las políticas sociales), derechos económicos, laborales y sociales, la historia y conformación actual de los sistemas económicos y productivos nacionales, regionales y locales, la conformación social y geopolítica de los territorios, la acción social y las lógicas económicas de los sujetos y los actores colectivos (políticos, sindicales, territoriales, institucionales, económicos, etc.), entre otros. Esto, arraigado en la formación teórica, abona la posibilidad de

construir diagnósticos situacionales, criterios de investigación, indicadores, métodos y metodologías de intervención mas amplias e integradoras de la complejidad social.

El trabajo transdisciplinario e interinstitucional, que además aspira a incorporar la participación de los destinatarios de las políticas, supone una base de supuestos teóricos compartidos, de cuya consolidación es corresponsable la Universidad, previamente al conocimiento de los lineamientos y objetivos estratégicos de las políticas públicas en que se insertará nuestra profesión, a los que nos referimos en los párrafos anteriores, en relación a el perfil socioeconómico y los sistemas complejos. Tenemos por delante aún un estimulante camino por recorrer de adecuación teórica crítica en nuestra formación a los requerimientos de la realidad que vivimos y pretendemos transformar.

Bibliografía

- ANTUNES, RICARDO (2005) Los Sentidos del Trabajo. Ensayo sobre la afirmación y la negación del trabajo, Buenos Aires, TEL-Ed. Herramienta.
- ARANCIBIA, INÉS (2009) “Las Necesidades desde la perspectiva de la Economía del Trabajo. Introducción al marco conceptual”, ponencia presentada en el XXVII Congreso Internacional de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), 31 de agosto al 4 de septiembre de 2009, Buenos Aires.
- BASUALDO, E. (2001), Sistema Político y Modelo de Acumulación en la Argentina, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes Ediciones, FLACSO, IDEP.
- BOURDIEUX, PIERRE (2001) Las estructuras sociales de la economía, Buenos Aires, Manantales.
- CATTANNI, A. D. (org.) (2003), La Otra Economía, Buenos Aires, Altamira-UNGS.
- CORAGGIO, J. L. (1987) "Los complejos territoriales dentro del contexto de los subsistemas de producción y circulación", Textos, N° 2, CIUDAD, Quito, 1987, en Coraggio, J.L., (2004) Desarrollo Local y Economía del Trabajo. Teoría, método y política, Quito, CIUDAD.
- CORAGGIO, J.L. (1999) Política social y economía del trabajo. Alternativas a la política neoliberal para la ciudad, Madrid, Miño y Dávila.
- CORAGGIO, J.L. (2004), “Desafíos en la formación profesional vinculados a la Economía Social y el Desarrollo Local. El rol de la Universidad”, II Encuentro del Foro Federal de

Investigadores y Docentes: La Universidad y la Economía Social en el Desarrollo Local, Buenos Aires, Ministerio de Desarrollo Social.

CORAGGIO, J.L., ARANCIBIA, I. (2006) “Recuperando la Economía: entre la cuestión social y la intervención”, Segundo Foro de Investigadores y Docentes en Economía Social y Solidaria, Secretaría de Políticas Sociales, Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, Buenos Aires, MDS.

CTA, Espacio de Economía Social (2006), “El Trabajo, Una recorrida por los sentidos del trabajo”, Material de Formación para el acompañamiento de experiencias de trabajo autogestionado. Reflexiones a partir de la organización de trabajadores en la Central de los Trabajadores Argentinos. Instituto de Estudios y Formación, CTA.

DANANI, CLAUDIA (2004) “El alfiler en la silla. Sentido, proyectos y alternativas en el debate de las políticas sociales y la economía social”, en Danani, C. (comp.) (2004) Política Social y Economía Social, debates fundamentales, Buenos Aires, Altamira-UNGS.

GARCÍA, ROLANDO (1994) Interdisciplinareidad y sistemas complejos, en Leff, Enrique (comp.), “Ciencias Sociales y Formación Ambiental”, Ed. Gedisa, UNAM, , Barcelona

HINKELAMMERT, FRANZ (2009). Economía, Sociedad y Vida Humana. Preludio a una segunda Crítica a la Economía Política, Buenos Aires, Altamira-UNGS.

LAVILLE, JEAN LUIS, “Definiciones e Instituciones de la economía. Para un dialogo Maussiano”, en Coraggio, J.L. (org.) (2009) ¿Que es lo económico? Materiales para un debate necesario contra el fatalismo, Buenos Aires, Ciccus.

Manzanal, Mabel (2010) Conflictos rurales en ámbitos territoriales en la Argentina actual, GEOUSP - Espaço e Tempo, São Paulo, N° 28, pp. 197 – 218.

MAX-NEEF, M., ELIZALDE, A., Y HOPENHAYN, M. (1986) “Desarrollo a Escala Humana: Una opción para el futuro”, Numero especial de la Revista Development Dialogue, CEP/AUR/ Fundación Dag Hammarskjöld, Uppsala

POLANYI, KARL (1992) La Gran Transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo, México, Fondo de Cultura Económica.